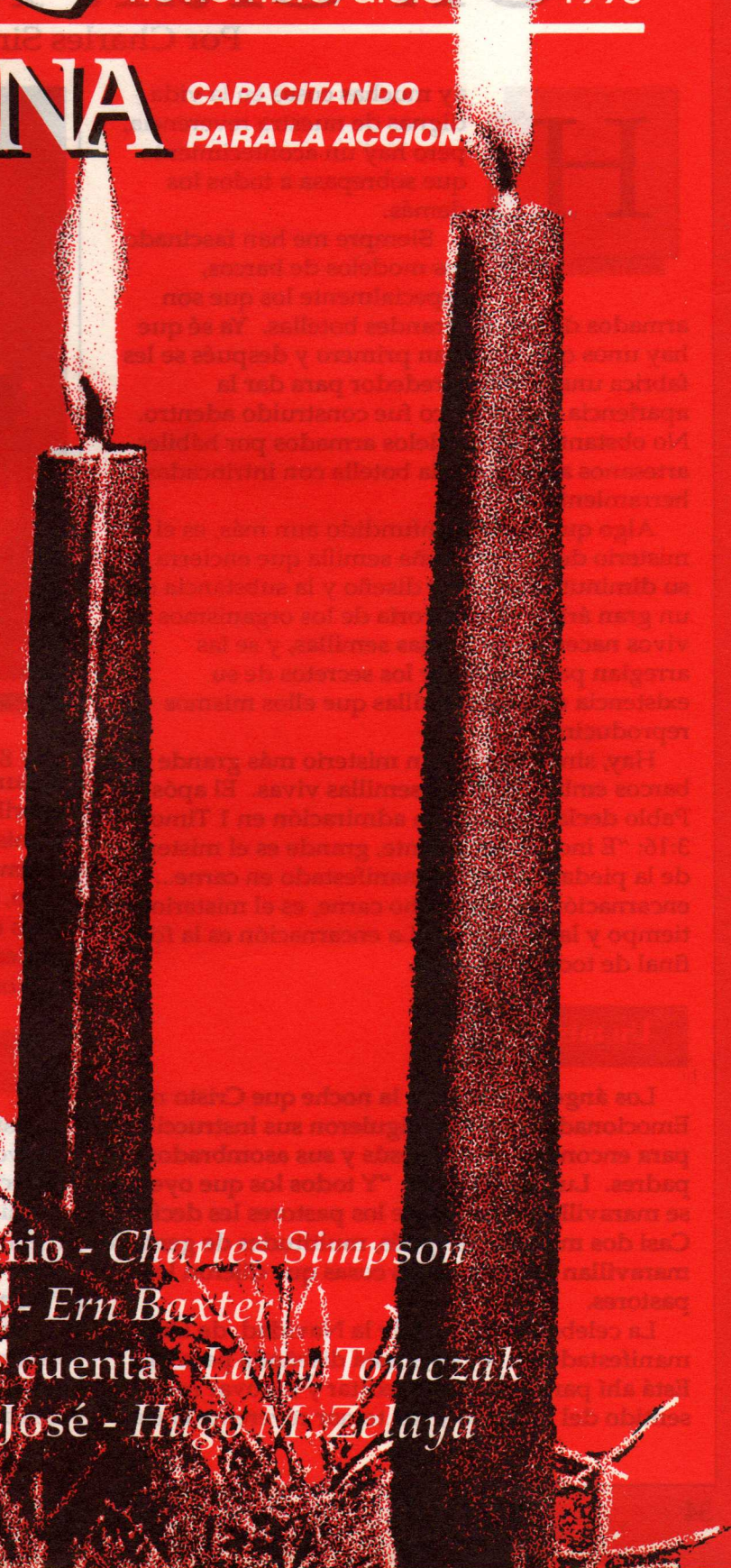


CONQUISTA[®]

noviembre/diciembre 1990

CRISTIANA

CAPACITANDO
PARA LA ACCIÓN



Un gran misterio - *Charles Simpson*

Gozo - *Ern Baxter*

El final es lo que cuenta - *Larry Tomczak*

En deuda con José - *Hugo M. Zelaya*

Un Gran Misterio

Por Charles Simpson

H

ay muchas cosas en la vida dignas de nuestra reverencia, pero hay un acontecimiento que sobrepasa a todos los demás.

Siempre me han fascinado los modelos de barcos, especialmente los que son armados dentro de grandes botellas. Ya sé que hay unos que se arman primero y después se les fabrica una botella alrededor para dar la apariencia que el barco fue construido adentro. No obstante, hay modelos armados por hábiles artesanos adentro de la botella con intrincadas herramientas.

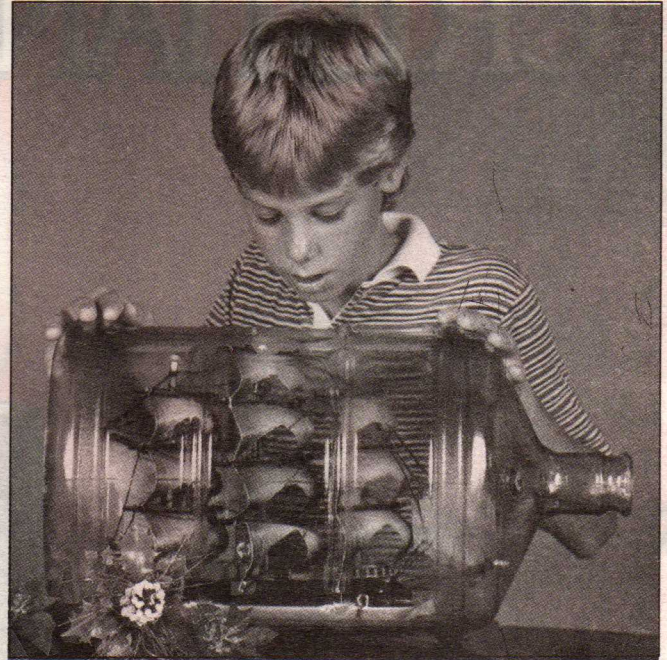
Algo que me ha confundido aun más, es el misterio de una pequeña semilla que encierra en su diminuta cáscara el diseño y la substancia de un gran árbol. La mayoría de los organismos vivos nacen de pequeñas semillas, y se las arreglan para esconder los secretos de su existencia en otras semillas que ellos mismos reproducirán.

Hay, sin embargo, un misterio más grande que barcos embotellados y semillas vivas. El apóstol Pablo declara su propia admiración en 1 Timoteo 3:16: "E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne..." La encarnación o Dios hecho carne, es el misterio del tiempo y la eternidad. La encarnación es la forma final de toda revelación.

Un misterio

Los ángeles cantaban la noche que Cristo nació. Emocionados pastores siguieron sus instrucciones para encontrar al niño Jesús y sus asombrados padres. Lucas 2:18 dice: "Y todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían". Casi dos mil años después, multitudes de gente se maravillan todavía de las cosas que dijeron los pastores.

La celebración anual de la Navidad, de Dios manifestado en la carne, está diseñada para eso. Está ahí para hacernos meditar y renovar nuestro sentido del misterio y del temor reverente hacia



este gran acontecimiento que cambió la historia de la humanidad. Es un tiempo para cortar por entre el brillo del oropel y llegar a la esencia del asunto: el misterio. Nuestro propósito no es analizar y entender la encarnación. Es una imposibilidad. Pero, mientras observamos su historia y lo que Dios estaba diciendo por medio de ella, la podemos contemplar con reverencia y dar gracias a Dios.

Predicho por los profetas

Está escrito en el relato bíblico que muchos siervos de Dios supieron que él enviaría un líder especial a la tierra. Este líder fue visto como la "semiente de la mujer"; semejante a un profeta como Moisés; fue llamado "Siloh" que sería el cetro de Judá; "el hijo de David"; el "vástago"; "Emanuel"; y muchas otras designaciones.

Una gran parte del misterio que rodea el nacimiento de Jesucristo tiene que ver con las descripciones proféticas de su tribu, familia, lugar de nacimiento, carácter, poder espiritual y

propósito mesiánico. Hasta los escépticos tienen problemas con los hechos de su vida y nacimiento que fueron pronosticados por muchos y diferentes hombres viviendo en tiempos distintos. Los pronunciamientos proféticos, así como los acontecimientos en sí, son un misterio.

Uno de los pasajes más sorprendentes es el relato de la crucifixión del Mesías por Isaías en el capítulo 53. Ninguno de los relatos en las Escrituras, incluyendo los del Nuevo Testamento, describen el suceso mejor que Isaías. No sólo prevé aspectos específicos de la vida de Jesús, tales como su nacimiento de una virgen, su rechazo, su dolor, sus azotes, su muerte entre los impíos, y su sepultura en la tumba de un hombre rico, sino que también ve el propósito: la expiación. Isaías ve que Jesús llevaría nuestras enfermedades y sufriría nuestros dolores. Moriría por nosotros. El capítulo comienza con una referencia a su nacimiento virginal. Culmina con su muerte por el pecado de muchos. Isaías entendió que el nacimiento de Jesús no podía ser plenamente apreciado aparte de su misión en la vida que era ser nuestra ofrenda de pecado. El nacimiento de toda persona destacada se celebra por la obra de su vida. Y así sería con Jesús.

Esta revelación de su misión mesiánica, ocurrida setecientos años antes del evento histórico, sólo podía venir por inspiración divina.

La revelación profética respecto a Jesucristo continuó hasta el nacimiento de Juan el Bautista, aproximadamente seis meses antes del de Jesús. Las profecías vinieron a José, María y Elisabet. Todavía en la dedicación de Jesús en el Templo, el viejo sacerdote Simeón y la viuda Ana recibieron iluminación profética respecto a su vida. De este modo, continuaron en la corriente de todos aquellos en el viejo pacto que vieron su misión mesiánica.

Un suceso histórico

Gálatas 4:4 dice que la encarnación aconteció en el cumplimiento de los tiempos. La escena de la historia fue soberanamente preparada por Dios. Todo estaba listo. Dios había preservado la simiente de su elección: Sem, el hijo de Noé, Abraham y su hijo Isaac, Jacob y su hijo Judá, y sigue así hasta David a quien promete que uno de sus descendientes reinaría eternamente.

No obstante, cuando el tiempo llegó finalmente, y sólo Dios sabía ese día, algo especial tenía que acontecer. Desde el principio, Dios

había declarado que quien hiriera la cabeza de la serpiente sería la simiente de la mujer, no de Adán. Isaías había declarado también por inspiración divina, que una virgen concebiría. Todos los profetas apuntaban a un gobernante cuyo nacimiento sería excepcional. En esto yace el mayor misterio de todos.

Aparentemente, María desconocía que había sido escogida por el Todopoderoso como la mujer que llevaría la simiente eterna: el Verbo de Dios. Aparentemente, estaba ocupada en su quehaceres normales cuando el mensajero divino llegó y se reveló a ella. Su apariencia era abrumadora. Su mensaje mucho más.

“¡Salve muy favorecida! El Señor es contigo”
(Lucas 1:28).

María lo oyó turbada.
El mensajero continuó:

María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin.

Sorprendida por el pronunciamiento del ángel, María preguntó: “¿Cómo será esto? pues no conozco varón?” (v.34).

El mensajero respondió:

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios (v. 35).

Esto estaría más allá de la comprensión de cualquiera de nosotros. Pero para María, una joven judía que temía a Dios, reverenciaba al rey David y poseía una noción fuerte de esperanza mesiánica, el mensaje debió ser verdaderamente abrumador. No obstante, su respuesta fue: “Hágase conmigo conforme a tu palabra” (v. 38).

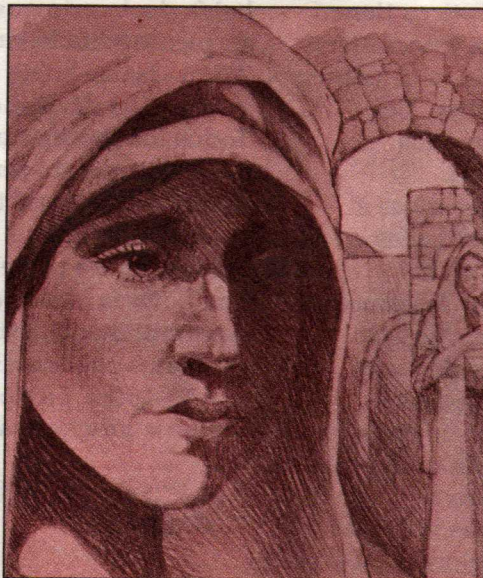
Hay varios elementos importantes que debemos notar en este encuentro.

1. María no escogió ser la madre del Mesías. Fue escogida por Dios.
2. La palabra entregada por el mensajero a María era la semilla de la encarnación.

3. El Espíritu Santo dio vida a la palabra que fue hablada, y el poder del Altísimo la cubrió.

4. María recibió la palabra en fe y, en ese momento, creo yo, María concibió al Hijo de Dios.

La encarnación es un acontecimiento histórico. Sucedió en una mujer en particular, en un tiempo en particular, en un lugar en particular y resultó en un hombre en particular: Jesucristo. Y como va el dicho, "el resto es historia".



palabra resultó en una concepción física. Nuestra fe en su verdad es la causa de que él sea una realidad en nuestra vida física. Hablamos de más que el asentimiento mental. Hablamos de una nueva naturaleza y los resultados físicos.

Trabaja en el transcurso de la historia

¿Se ha preguntado por qué la Biblia no fue escrita como un libro de texto, en vez de un libro de historia? Yo sí. Si yo la hubiera escrito, hubiera comenzado con varios capítulos respecto a la naturaleza de Dios, pasando luego a la doctrina del

hombre, y después a las otras doctrinas importantes. Sería un enfoque típicamente teológico. Pero Dios escogió no revelarse a sí mismo con doctrinas. Parece que cada vez que tiene una verdad que quiere revelar al hombre, lo hace por medio de una vida humana.

En el principio cuando quiso revelarse, creó a un hombre que se asemejaba a él, como diciendo: "Así es como soy yo." Dios parece convenir que una imagen vale mil palabras.

Cuando Dios quiso revelar lo que era la fe, nos dio a Abraham. Le dijo lo que quería que hiciera y lo que él haría; después lo hizo pasar por varias pruebas para probar la creencia de Abraham en su palabra. Abraham pasó las pruebas y fue del agrado de Dios. Por lo tanto, cuando queremos saber de la fe, no estudiamos una doctrina, sino la vida de un hombre.

Así continúa la Biblia con Moisés, Josué, Samuel, David y los profetas. En el transcurso de la historia, Dios ha puesto su verdad en carne, y tenemos toda razón para creer que lo sigue haciendo.

La razón de la encarnación

El Antiguo Testamento comienza haciendo al hombre a su imagen. Somos presentados a Adán. A éste se le dijo lo que tenía que hacer y no hacer, pero fracasó. El Nuevo Testamento comienza con Dios haciéndose él en la naturaleza e imagen de un hombre. Somos presentados a Jesucristo.

Un principio de vida

La encarnación fue más que un suceso que fue predicho por profetas y que aconteció en el cumplimiento del tiempo. Dios estaba diciendo algo por medio de él.

Muchos años después que Jesús nació, vivió, murió, resucitó y ascendió, el apóstol Pablo escribió a Timoteo con respecto a la naturaleza de la piedad o de la imagen de Dios:

E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria (1 Timoteo 3:16).

El punto hecho por Pablo no es sólo que Dios se hizo carne en Cristo y pasó por el proceso que describe este versículo, sino que la misma naturaleza de Dios requiere encarnación y el subsecuente proceso. Dios no está contento con quedar apartado, con ser un mero ideal, abstracto o intocable por la humanidad. Otros pueblos tienen dioses así, pero el Dios que adoramos se hizo carne y habitó entre nosotros. Como dicen los apóstoles Juan y Pedro: "Y vimos su gloria" (vea Juan 1:14 y 2 Pedro 1:16). En Cristo vemos la gloria de Dios. En Cristo, la gloria de Dios se hace inminente. Dios se acerca a nosotros.

Viéndolo desde esta perspectiva bíblica, la verdad debe hacerse carne siempre. Debe operar en la tierra como en el cielo. La fe de María en la

Jesucristo tuvo éxito donde Adán fracasó. El obedeció y triunfó. Así aprendemos de estos dos ejemplos que la carne sola no puede lograr el éxito. Sólo Dios en el hombre, Dios en nosotros, que vence y revela su gloria a través de nosotros.

Dios se hizo carne para lograr lo que la humanidad sola no pudo hacer: derrotar a nuestro enemigo, Satanás, y expiar nuestras transgresiones.

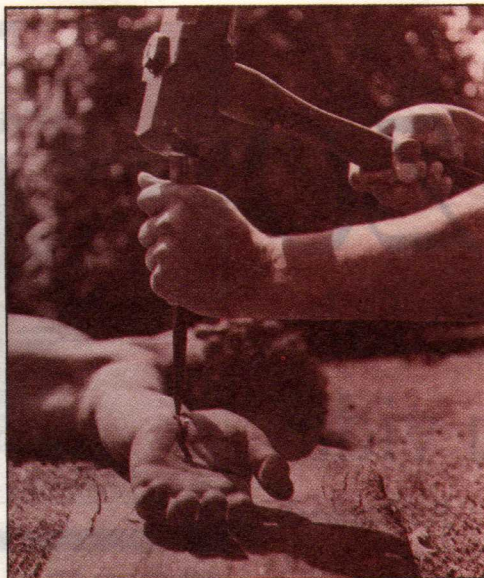
También vino en forma física para tender un puente sobre el abismo creado en la separación del hombre de Dios. Jesús fue Dios visible a una humanidad pecaminosa. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Corintios 5:19). Jesús deja sin excusas a la humanidad por no saber quién es Dios. El es la naturaleza, la sabiduría y el poder divinos revelados. La humanidad vio su gloria.

En una ocasión, el apóstol Pablo fue a Atenas a predicar. Atenas era el centro de la filosofía y el politeísmo. Los atenienses se reunían frecuentemente sólo para oír las ideas, religiones y dioses nuevos. Tanto celo tenían en su deseo de incluir a todos los dioses que erigieron un altar al dios desconocido. Pablo se paró delante del altar y les predicó a Jesucristo. Proclamó a Jesucristo como el Dios que hizo los cielos y la tierra, que fue crucificado y resucitó. Les dio a conocer a Cristo.

La encarnación sucedió para que el Dios que era desconocido pudiera conocerse por medio de Jesucristo.

La encarnación de Dios en Jesucristo es el mayor de todos los misterios; debido a ella podemos contemplar y conocer a Dios en la realidad de la humanidad. La carta a los Colosenses dice que Jesús es la plenitud de Dios (vea Colosenses 1:19). Cristo, sin embargo, hizo más que crecer y hacerse la plenitud del Dios manifestado en un hombre modelo. Los evangelios dicen que fue crucificado por aquellos que lo rechazaron.

Podemos ver a Dios en Cristo en su nacimiento y en su vida. Pero en ninguna parte revela Cristo la naturaleza de Dios más que cuando su corazón y su carne fueron lacerados en la crucifixión. De él mana el perdón, el amor y una oración para sus atormentadores. El soldado de pie junto a la cruz lo dice por todos nosotros: "Verdaderamente, este



hombre era el Hijo de Dios" (Marcos 15:39).

Pero gracias a Dios que no termina allá todavía. Después que Jesús conquistó el pecado en la cruz y a Satanás en el infierno, se levantó de la tumba y conquistó la muerte. Hasta entonces fue que el propósito de su encarnación fue completo, habiendo revelado la naturaleza de Dios, enseñado sus caminos, conquistó el pecado, Satanás y la muerte por nosotros.

La ironía y tragedia de este hermoso acontecimiento es que es posible celebrarlo y no darse cuenta de todo su propósito. María hizo más que

maravillarse del misterio y del

mensaje que le fue entregado por el ángel. Ella lo recibió. Juan, el discípulo amado de Jesucristo, dijo: "Mas a todos los que le recibieron... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios" (Juan 1:12).

Para eso sucedió hace dos mil años; para que nosotros, mediante la fe en él, podamos ser hechos hijos de Dios. Debido a que Cristo se hizo carne, fue crucificado y resucitó, nosotros podemos, mediante la fe, tener la naturaleza de Dios en nosotros. Y sólo Cristo en nosotros es suficiente para nuestra victoria sobre el pecado y la muerte. No es sólo conocer a Dios en la mente, sino tener a Dios en nosotros por medio de una relación con Jesucristo que da el triunfo sobre el pecado y la muerte. Es cuando recibimos la palabra de Cristo en nosotros, como la recibió María en ella, que podemos caer de hinojos y decir: ¡Gloria al rey recién nacido!

Por causa de la encarnación, ya no tenemos que vivir derrotados, empobrecidos o prisioneros supersticiosos de la oscuridad. Por causa de que Cristo se vistió de carne, él nos liberó de la esclavitud de nuestra carne. Celebramos el

nacimiento de Cristo porque es el nacimiento de nuestro emancipador, nuestro capitán, nuestro defensor, nuestro proporcionador, nuestro Señor y nuestro Dios. ¡Gloria a él! Δ



Charles Simpson es editor de la revista *Christian Conquest*. Ministra dentro y fuera de los Estados Unidos de Norteamérica.

GOZO

¿Le hace falta en su vida?

Por Ern Baxter



Gozo no es una palabra muy fácil de definir. Tiene que ver con la mente, la convicción y las emociones. Hay más de lo que pueda decirse. Muchos cristianos andarían perdidos si intentaran explicar lo que es el gozo. Saben que debieran tenerlo, pero hasta ahí llega su entendimiento. Más que definiciones, sin embargo, gozo es lo que debemos experimentar todos los días de nuestra vida.

En el afán de explicar el gozo, a veces se trata de hacer un contraste entre la felicidad, según la entiende generalmente el hombre, y el gozo que el cristiano expresa. Si bien es cierto que hay una diferencia entre los dos, ésta no radica en la naturaleza emocional del gozo, sino en su causa y estímulo. Se puede sentir una gran felicidad y placer por algo completamente ilícito, y nunca pensaríamos que esto fuese el gozo cristiano. No obstante, el conjunto de emociones estimuladas en el éxtasis puramente justo, es el mismo medio usado para expresar el gozo santo. La naturaleza cabal del gozo cristiano se determina por su causa y por aquello a lo que responden nuestras emociones.

Dos clases de gozo

Hay un gozo y felicidad que sienten los que no son cristianos, y está el gozo y la felicidad que perciben los que sí son. Para los cristianos que han sentido las dos clases, el de antes de la conversión y el de su nueva vida en Cristo, no hay duda de cuál sea el superior. Habacuc 3:18 dice: "Me gozaré en el Dios de mi salvación."

Estas dos clases de gozo se pueden relacionar con las descripciones que dan las Escrituras cuando se refieren a "gozarse en el Señor" (vea Filipenses 3:1; 4:4) o "en la carne".

Cualquier gozo que venga de la dimensión de la carne o de la conducta que busca su propio placer, se relaciona al "gozar de los deleites temporales del pecado" (Hebreos 11:25). Obviamente, el placer que viene fuera del Señor es temporal y transitorio, sin ninguna permanencia esencial. Por otra parte, el gozo del cristiano

continúa para siempre. Pablo escribe: "Estad siempre gozosos" (1 Tesalonicenses 5:16). Una diferencia esencial entre el gozo encontrado bajo el señorío de Cristo y el que viene bajo el señorío del yo es la permanencia del uno y la inestabilidad del otro.

El gozo o gusto generado por la búsqueda de su propio placer está relacionado con el reino de este mundo que pronto pasará. El gozo en el Señor está relacionado con el reino de Dios que nunca pasará; su bienestar básico brota de él. Pablo dice en Romanos 14:17: "El reino de Dios es... justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo. Es obvio que este gozo es el fruto de la justicia y la paz. Por lo tanto, quien quiera percibir esta clase pura de bienestar emocional y situacional, debe conocer la justicia que resulta en paz que a su vez encuentra su expresión emocional en el gozo."

Gozo perjudicado

Muchas veces, cuando Pablo se dirigía a las iglesias con serios problemas por haberse entregado al pecado grosero o por haberse sometido a la esclavitud del legalismo, encontraba que el gozo de ellos había sido perjudicado. Cuando el conocimiento perfecto de la justicia y su participación en ella es defectuoso, la paz resulta perturbada y el resultado es la falta de gozo. Pablo dice a los corintios que habían permitido que ciertos pecados groseros entraran y contaminaran la iglesia, que sin discutirles su fe, él quería ayudarlos en su gozo que había sido afectado (vea 2 Corintios 1:24). La forma de ayudarlos fue corrigiendo la falta de rectitud.

El gozo no puede ser favorecido hasta que lo que causa su ausencia no sea eliminado. Por lo tanto, Pablo confronta a los de la iglesia de Corinto con la fornicación, la división, el error doctrinal y otras irregularidades, en un intento, no sólo de restaurarlos en justicia, sino también en su gozo. Su gozo recobrado sería una manifestación clara de su restauración en la justicia.

Cuando uno examina la naturaleza del gozo bíblico, encuentra que aunque es emocional, tiene que estar firmemente establecido en una comprensión clara de la relación con Dios. Ningún estímulo superficial sirve de sustituto adecuado al fundamento profundo del

verdadero gozo. El verdadero gozo cristiano se puede expresar en las circunstancias más adversas porque se origina en los hechos históricos de Dios que nos afectan en nuestra relación con él.

Pablo ora por los Romanos:

El Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundáis en esperanza por el poder del Espíritu Santo. (Romanos 15:13).

Este gozo se basa confiando en el Señor. No se puede confiar en alguien a quien se desconoce. A través de oír el evangelio, obtenemos la revelación del plan de Dios para el perdón de nuestros pecados y nuestra aceptación ante él mediante Jesucristo. Cuando aceptamos esta verdad y la adoptamos como nuestra convicción fundamental para vivir, entonces nos habremos puesto en línea para recibir el gozo puro y permanente que las circunstancias menores no pueden interrumpir.

Nuestro Señor Jesús pone este gozo sobre una base de convicción muy por encima de la realización personal, porque cuando sus discípulos volvieron de una misión, alegres porque los demonios se les sujetaron, él respondió: "No os regocijáis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos." (Lucas 10:20). Lo que parece decir aquí es que mientras que el uso de nuestra autoridad es intermitente, nuestra relación con Dios por medio de Jesucristo es inalterable. Por lo tanto, aunque nos gocemos a causa de lo que Dios haga por medio nuestro, el fundamento principal de nuestro gozo es nuestra relación con Dios. El gozo de un cristiano está firmemente establecido en la verdad inmutable de su relación con Dios por medio de Jesucristo.

Gozo tridimensional

Este gozo firme parece ser tridimensional. Primero, tiene raíces históricas. Pablo dice en su carta a los Romanos: "No sólo esto, sino que también nos gloriamos (gozamos) en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación" (Romanos 5:11). Nuestro gozo se basa en la verdad de la redención de Cristo perfeccionada en la cruz y en la resurrección que ofrece nuestra reconciliación con él. Nuestro gozo descansa sólidamente en ese gran acontecimiento histórico.

La segunda dimensión es la presente. Pablo exhorta a los tesalonicenses a "estar siempre gozosos" (1 Tesalonicenses 5:16). Debido a que el fundamento de nuestro gozo es inalterable, la expresión de nuestro gozo debiera ser de la misma manera. Por lo tanto, no importa como sean las circunstancias en un momento dado, éstas no debieran afectar el fundamento de nuestro gozo. Hay muchos ejemplos en las escrituras de hombres que se gozaron en Dios cuando sus circunstancias físicas les fueron adversas y dolorosas.

La tercera dimensión es el futuro. Dirigiéndose a los Romanos, Pablo dice:

Por medio de nuestro Señor Jesucristo... tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos (gozamos) en

la esperanza de la gloria de Dios (Romanos 5:1-2).

Cuando nuestro Señor Jesucristo estaba por ir a la cruz, dijo a sus discípulos: "Vosotros llorareis y lamentareis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo" (Juan 16:20).

Aunque su muerte causaría grande tristeza a sus discípulos y el mundo celebraría su castigo, su tristeza se convertiría en gozo en la resurrección. Quizás no lo entendían completamente, pero les estaba dando una base futura para gozarse en medio de la más terrible calamidad. Cuando él reapareció entre ellos resucitado, el gozo fue la característica principal de sus reuniones. Pero en la ascensión cuando él anunció que se iría de nuevo, les dio la promesa que a su regreso, el gozo sería ilimitado.

Entretanto, tenemos que sufrir toda clase de experiencias en la vida, muchas de las cuales traerán presiones y tristeza, pero en medio de todo, tenemos causa para regocijarnos por la certeza de su regreso glorioso. Se dice que "por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio" (Hebreos 12:2). En la cruz, nuestro Señor Jesús, en medio de la indescriptible agonía de su cuerpo y alma, fue sostenido por una exaltación interior que miraba más allá de su prueba a la gloria sin fin que sería suya en el nuevo orden. Vio el fruto de su sufrimiento: "una gran multitud, la cual nadie podía contar" (Apocalipsis 7:9). Con frecuencia, estamos tan absortos con la presión y el dolor del momento que perdemos el gran valor de esta dimensión futura de nuestro gozo.

A pesar de nuestras circunstancias

Esta dimensión futura contrasta una de las diferencias más grandes entre el gozo "en la carne" y el gozo "en el Señor", en lo que respecta a las circunstancias. El gozo cristiano es un misterio para el hombre carnal. Este ve que los cristianos pasan por presiones físicas y circunstanciales y no obstante, por causa de una fuente secreta de felicidad, parecen gozarse en medio de las pruebas. Debe ser muy difícil para él entender por qué los apóstoles "salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre" (Hechos 5:41).

El hombre carnal puede soportar estos sufrimientos estoica y filosóficamente. Se sabe de hombres que han sufrido de esta manera. Padecer con gozo, sin embargo, está reservado para la persona cuya causa es "independiente de las circunstancias" (Filipenses 4:11). Se abusó de los apóstoles de todas formas, incluyendo el castigo físico; sin embargo, salieron de la prueba con grande gozo, porque éste estaba basado en su relación con el Señor Jesús.

Cuando Pablo describe la naturaleza de su vida y ministerio, dice: "entristecidos, mas siempre gozosos" (2 Corintios 6:10). Seguramente que es paradójico, no obstante, el cristiano que ha sido instruido correctamente y que está relacionado con la verdad, puede conocer la permanencia del gozo que viene de su relación con Cristo por medio del poder del Espíritu Santo. En otra ocasión, el apóstol dice: "lleno estoy de consolación; sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones" (2 Corintios 7:4). Este es su testimonio del éxito del evangelio y el crecimiento del cristiano nuevo. Aunque

viene acompañado con mucho sufrimiento y persecución, su gozo no conoce límites debido a que su causa no está en las circunstancias.

En esta otra oportunidad, Pablo felicita a los tesalonicenses:

Vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con gozo del Espíritu Santo (1 Tesalonicenses 1:6)

Es obvio que estamos aquí en presencia de un gozo incapaz de conocerse a menos que se está relacionado con Dios, fuente de éste. Los tesalonicenses soportaban el sufrimiento, llenos de gozo debido al glorioso estímulo del testimonio que el Espíritu Santo daba de la verdad del evangelio.

La relación con lo trascendental permite a las personas regocijarse en medio de las pruebas. El escritor de Hebreos dice:

Porque de los presos también os compadecisteis, y el despojo de vuestros bienes sufristeis con gozo, sabiendo que tenéis en vosotros una mejor y perdurable herencia en los cielos (Hebreos 10:34).

Este territorio es extraño para el hombre morador de la tierra, limitado por horizontes terrestres. Pero para la persona que ha entrado en relación con Dios y no está sujeto al tiempo y las circunstancias, y que es un heredero de Dios y coheredero con Jesucristo, es posible sufrir con gozo la pérdida de lo temporal y transitorio, sujetándose a aquellas cosas que son eternas e inalterables.

Hay muchas otras escrituras que apuntan a esta paradoja, e indudablemente muchos de nosotros que somos cristianos, podríamos hacer nuestra propia lista de las ocasiones cuando las desilusiones y la adversidad nos hubieran aplastado de no haber estado unidos a Dios por medio de Cristo. Pero en medio de la adversidad, sabemos que Dios nos ha redimido y nos está cuidando y ha asegurado nuestro futuro. Por lo tanto, sentimos gran gozo cuando consideramos lo bendecidos que somos de ser parte de la comunidad redimida de Dios.

Gozo incorporado

Un aspecto final del gozo cristiano que se pasa por alto frecuentemente es que no sólo es sumamente personal y privado, sino que para que sea totalmente completo, también tiene que ser relacional o colectivo. Las escrituras lo dicen claramente que no nos gozamos solos, sino que pertenecemos a una comunidad de gozo.

Pertenecemos a la comunidad de la felicidad, y en esta bendecida compañía, compartimos nuestras situaciones y nos gozamos "con los que gozan" y lloramos "con los que lloran" (Romanos 12:15). El llanto es probablemente la excepción, porque el gozo es la regla de la vida cristiana. Pero hay tiempos en que un hermano está padeciendo en circunstancias de dolor, como con la muerte de un ser querido, y entramos por nuestra relación en su tristeza temporal, sabiendo que "por la noche dura el lloro, y a la mañana vendrá la alegría" (Salmo 30:5).

Por lo tanto, nuestro gozo no es egoísta, sino compartido, y todos podemos testificar de ocasiones cuando nos gozamos grandemente en compañía de la comunidad de creyentes. Durante estos tiempos se perciben alturas de tanto gozo que parecieran un anticipo de la última y gran intención de Dios de traer a su pueblo a su presencia, glorificado y perfeccionado en él. Esta alegría en las relaciones es una de sus causas legítimas que quizás no hemos apreciado suficientemente.

En 2 Corintios capítulo 7, Pablo habla del regreso de Tito después de su visita a los corintios, y dice que él y sus compañeros fueron confortados no sólo por la alegría de ver a Tito otra vez

...sino también con la consolación con que él había sido consolado en cuanto a vosotros, haciéndonos saber vuestro gran afecto, vuestro llanto, vuestra solicitud por mí, de manera que me regocijé aun más (v. 7).

Pablo se alegró considerablemente de tener de nuevo a este joven asociado suyo, pero mayor fue su gozo cuando oyó las expresiones de afirmación del amor que los corintios tenían por él.

Personalmente, no puedo pensar en gozo más grande que ver a hombres y mujeres venir a Jesucristo y pasar a ser parte de la comunidad y verlos crecer en Dios. A mi mente vienen los nombres de muchos que han sido una causa de gran gozo para mí, al verlos crecer en Dios, reconociendo la pequeña parte que tuve en sus vidas. Tal vez subestimemos el gozo de nuestra comunión uno con el otro y haya necesidad de cultivarla más, no sólo para aumentar el gozo de otros, sino por el gran gozo comunitario que a su vez alegra el corazón de Dios.

Pablo hace referencia a esta clase de gozo en su carta a los tesalonicenses:

Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos a causa de vosotros delante de nuestro Dios? (1 Tesalonicenses 3:9).

Una fuente de gran alegría para Pablo era la gente que él había llevado a Cristo y alimentado en su crecimiento.

Cuando escribe a los filipenses, destaca el lugar que el gozo debe ocupar en la comunidad cuando les exhorta diciendo: "Por lo demás, hermanos, gozaos en el Señor" (Filipenses 3:1). Indiscutiblemente, un componente principal en el carácter de la comunidad cristiana es su gozo. No hay gozo cuando la paz ha sido perturbada, indicando un defecto en alguna parte de su justicia colectiva. La comunidad redimida debe mantener las relaciones en rectitud y buscar la paz entre sus miembros, para que el gozo, el fruto del reino de Dios, pueda ser manifestado constante y plenamente.

De igual manera en nuestra vida individual, debemos mantener una relación justa con el Señor para sentir su gozo.

"El reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo." Δ

Er Baxter es un maestro de la Biblia y conferencista de renombre que ha dedicado su vida a la maduración de la iglesia de Jesucristo.





El final es lo que cuenta

Cinco percepciones para ganar la carrera

Por Larry Tomczak

Me sentía agotado en mi ministerio bajo el sol de la mañana, después de ministrar a miles de jóvenes que se habían reunido a campo abierto para el "Festival de Jesús". Se requiere una doble unción predicar a una multitud al aire libre, pues se tiene que competir con toda clase de distracciones de movimientos, conversaciones, etc.

Me desplomé en una silla en la habitación del hotel, y cuando puse mi Biblia sobre la mesa, algo me atrajo la atención. Era un programa del festival que estaba encima de un montón de papeles. Cuando lo levanté, mis ojos enfocaron estas palabras: "1973. Primer Festival de Jesús. Larry Tomczak estaba ahí. Ha estado ahí todos los años desde entonces."

¡Cuántos festivales habían pasado! La rapidez con que había pasado el tiempo me puso a pensar. Regresé en mi mente a ese primer festival, y me preguntó qué habría pasado con la gente que había estado ahí y lo que estarían haciendo.

Uno de los líderes del evento original se había divorciado dos veces y trabajaba de cómico con su tercera esposa. Cuando le pregunté a qué iglesia pertenecía, él me respondió: "¡Oye, hombre, tú eres mi grupo!" No podía creerlo.

Otros tres de los conferenciantes principales en el primer festival estaban divorciados también. Uno se había salido completamente del ministerio, otro todavía seguía y el tercero había sido excomulgado por dejar a su esposa e hijos y casarse con su secretaria. Sigue en el "circuito", ministrando en lugares donde desconocen su pasado.

El paso de los años ha cobrado sus víctimas entre los líderes y músicos cristianos en general, pero los efectos son

fatales frecuentemente entre los que no son "enviados" por una iglesia que les sirva de una base de apoyo. Se enfrentan a tremendas tentaciones y presiones viviendo de ofrendas de amor y ministrando de pozos que estén casi secos.

Pero esos líderes no son los únicos que no permanecieron. Muchos de los que tomaron parte en las multitudes de ese primer festival tampoco están caminando con Dios.

Quizás nunca se arrepintieran de verdad o comprendieran que el compromiso que se debe hacer con una iglesia compuesta de verdaderos creyentes que tengan fe bíblica no es una opción, sino una necesidad vital para la vida de un cristiano saludable.

Mi corazón se duele por estas víctimas. Me entristecen los trágicos sucesos en las vidas de tantos en el cuerpo de Cristo.

Pero también estoy agradecido por la intervención misericordiosa de Dios en mi vida y por lo que él me mostró en mis primeros años de cristiano para evitar el potencial desastre. ¿Qué es lo que lo mantiene a uno en curso en la vida cristiana? Yo creo que hay por lo menos cinco cosas que ayudan.

Un compromiso radical

Primero, nuestro compromiso con Jesús como Señor tiene que ser radical. Tiene que ser en el mismo sentido que tiene un activista político; pero en su sentido más literal radical es un derivado de la raíz latina que significa "raíz". Nuestro compromiso tiene que estar arraigado en un cambio interno

fundamental que pueda ser reconocido exteriormente en nuestra conducta. Sólo el arrepentimiento radical nos mantiene en el curso.

Juan el Bautista vio la necesidad de una expresión externa de un cambio interno y exhortó a sus oyentes a hacer "frutos dignos de arrepentimiento" (Mateo 3:8).

En la actualidad, Dios quiere que nos volvamos de la ignorancia para obedecer su leyes divinas. Quiere purgar a su Iglesia de una herejía muy grande y sutil: salvación sin verdadero arrepentimiento, en la que la gente es llamada a creer, sin esperar que obedezcan. "Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" (Hechos 17:30).

El evangelista David Wilkerson cuenta un ejemplo escandaloso de la falta de arrepentimiento. Dos prostitutas le pidieron una vez que orara para que Dios bendijera su "ministerio de amor". Ellas creían con sinceridad que lo que hacían estaba bien ante Dios, porque la Biblia dice que "todas las cosas me son lícitas" y "todas las cosas son puras para los puros". Alguien les había vendido un mensaje de gracia sin arrepentimiento y él no las pudo convencer que eran pecadoras.

No podemos alterar las condiciones del verdadero discipulado para acomodar tradiciones religiosas que dan como resultados tantos "convertidos falsificados". Jesús dice: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre" (Mateo 7:21).

No hay base bíblica que respalde a un cristiano que tenga a Jesús como Salvador solamente. Entrar bajo el amoroso señorío de Jesucristo significa el final de nuestra rectitud así como nuestros yerros. Significa el fin de nuestra vida según nuestros propios términos. Cuando recibimos la revelación que él entregó su vida por nosotros, ¿cómo podemos ofrecerle menos a él?

Edificada en las relaciones

Segundo, la Iglesia está edificada sobre relaciones, no reuniones. El cristianismo neotestamentario no es asistir a conferencias, sino vidas compartidas. Es muerte a la independencia, y compromiso a la comunión regular con otros creyentes que sean parte de una iglesia local (vea Hechos 2:42-47).

Hace más de diez años que reduje gran parte de mis viajes para colaborar en la edificación de un modelo de iglesia neotestamentaria. En esta iglesia al estilo "Antioquía", entrenamos a hombres para que pastorearan el rebaño local y desde ahí enviamos a otros con santos maduros para que establezcan iglesias nuevas. Este es el ciclo reproductivo de la Iglesia en el libro de los Hechos. Debido a que todo el ministerio de extendimiento está basado en un fundamento local, ahora soy "enviado" no sólo con un mensaje, sino con algo más importante, con un modelo que presentar.

Partiendo de esta vida compartida con otros, podemos obedecer la gran comisión de hacer discípulos, así como ser discipulados (vea Mateo 28:19). También podemos encontrar el apoyo, el estímulo, un lugar para dar cuentas, y la corrección que necesitamos. "Andar en la luz" con otros, es la manera que Dios tiene para darnos un refugio libre de engaño.

El Salmo 68:6 dice: "Dios hace habitar en familia a los desamparados" (solitarios-B.A.). Su propósito desde el principio es que tengamos una calidad de vida única. La iglesia para mí ha sido como una extensión de la familia. La relaciones son comprometidas en vez de por conveniencias. Los líderes son hermanos y amigos primero, y líderes en segundo lugar. Los matrimonios velan uno por otro para que nadie se sienta solo cuando trate con problemas matrimoniales, la crianza de los hijos o el manejo de las finanzas. Los hijos son criados en un ambiente piadoso, y los solteros que son particularmente vulnerables al ataque del enemigo, se protegen uno al otro cultivando amistades saludables.

En nuestra familia extendida, la gente se ha servido uno al otro con gozo, ayudando en una mudanza, ofreciendo comidas y limpiando cuando alguien está enfermo y asistiendo a las madres con niños recién nacidos. Otros han usado sus dones espirituales de "ayudas" y de "servicio" reparando autos, haciendo presupuestos o ayudando a las viudas. Todo esto nos ha permitido permanecer firmes a pesar del aumento de presiones por parte de la sociedad, y desde esta base de crecimiento hemos evangelizado a los que estén fuera de su Iglesia.

Reuniones religiosas y predicación notable por sí solas no llenarán la necesidad apremiante de esta generación. La gente tiene hambre de una demostración tangible de un estilo de vida diferente; donde el interés y el amor genuinos sean sus principales características.

La importancia del hogar

Tercero, tiene que ser una prioridad principal. El matrimonio es el modelo de Dios ante un mundo expectante de la relación entre Cristo y la iglesia (vea Efesios 5:22-33). Es posible escapar ministrando a las responsabilidades del hogar, pero Dios dice:

Si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo (1 Timoteo 5:8).

También dice: "El que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios" (1. Timoteo 3:5).

Para mí, la importancia del estímulo y la necesidad de rendir cuentas respecto a mi vida hogareña han sido enfocados agudamente mientras pastoreo y laboro junto con los otros líderes de nuestra iglesia local. La prioridad del

matrimonio y la familia proporcionan a mi esposa y a mí con los "pesos y contrapesos" que estimamos esenciales para permanecer en el curso correcto y para ministrar a otros.

En un retiro de parejas reciente, fue evidente para mí que alejarme de mi esposa y mis hijos en un viaje a Sur Africa por doce días impondría una carga muy pesada sobre ellos. Me dí cuenta que me había excedido y Dios me estaba recordando mi responsabilidad hacia mi familia y decidí cancelar el viaje. Cuando sometí mis impresiones a los líderes en Sur Africa, no sólo honraron mi petición sino que me respetaron por considerar a mi familia ante las demandas del ministerio.

Alguien preguntó a Billy Graham después de completar treinta años de ministerio si había algo que él haría diferente. Dijo que habría pasado más tiempo orando y con su familia, y que hubiera resistido la presión de tantos compromisos para hablar.

Sea que estemos metidos en un ministerio público o no, es necesario mantener una perspectiva correcta del hogar. Es una prioridad para Dios y lo debe ser para nosotros.

Carácter de Dios

Cuarto, el carácter debe venir antes que el carisma. D.L. Moody dijo: "El carácter es su manera de ser cuando no hay nadie alrededor." Dios pone un premio en el desarrollo del carácter para que haya algo sólido que respalde el éxito. Debido a que las presiones revelan lo que está en la persona, Dios quiere que tengamos la suficiente estabilidad interior para enfrentar los retos que él nos traerá.

Dios no busca primordialmente a personas talentosas, sino fieles para que sean sus instrumentos en alcanzar a una humanidad necesitada (vea 2 Timoteo 2:2). Nuestra tarea no es esforzarse a tener éxito, sino ser fieles y dejar el éxito en las manos de Dios. Si confiamos en Dios para que él nos promueva, podremos enfrentar las presiones cuando estas vengan (vea Salmos 75:6-7). A causa de las tormentas, el viento y la lluvia, que vienen a todos, es imprescindible que cooperemos con nuestro Creador en su proceso de formación para el servicio en su reino. Si hacemos caso omiso a su itinerario para la madurez, es posible despertar un día y descubrir una falta de resistencia para seguir adelante.

Dios usa nuestro hogar, la oficina, la escuela y la iglesia para desarrollar nuestras fidelidad, resistencia, integridad y otras actitudes del carácter de Dios. ¿Respondemos a los instrumentos que Dios usa o los resistimos?

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia. Mas tenga la paciencia su obra completa, para que seáis perfectos y cabales, sin que os falte cosa alguna (Santiago 1:2-4).

Llevando fruto

Finalmente, tenemos que llevar fruto que permanezca (vea Juan 15:16). Charles Simpson ha dicho: "El interés primordial de Dios no es cuán rápidamente edificamos, sino qué bien lo hacemos." Años después que el efecto de las conferencias y "reuniones especiales" se calme, ¿qué le presentaremos a él... una acumulación de notas, libros y casetes, o una abundancia de vidas cambiadas? Cuando todo se haya dicho y hecho, ¿habrá un monumento a "mi ministerio" o habrá otros en quienes invertí mi vida para "llevar el bastón"?

Hace poco, un hombre que había estado treinta y cinco años en el ministerio confesó que Dios le había hablado una mañana diciéndole: "Hijo mío, pon tu casa en orden, porque pronto morirás. Siento decirte que todo lo que has hecho ha sido de madera, heno y hojarasca." El recordó entonces el pasaje de 1 Corintios 3:12-15:

Si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.

Con tristeza, hizo un inventario de su vida. ¿Se había preocupado más por la cantidad que por la calidad? ¿Había edificado según el patrón de Dios o el de los hombres? ¿Había ministrado con motivos puros o por ambición? ¿Había trabajado para glorificar a Dios o para impresionar a los hombres?

Llorando amargamente ante Dios, se arrepintió de sus pecados y Dios le concedió un tiempo más de gracia para que usara sus años finales más provechosamente.

Estos cinco aspectos me han ayudado a lo largo de los años para mantener el curso y, espero, para servir de ejemplo a otros que saben que la carrera no es corta sino de larga distancia. Lo que sea que traiga el futuro, derivo gran satisfacción reflexionando sobre todos esos Festivales de Jesús desde 1973, y doy gracias a Dios que el fruto no son sólo recuerdos de reuniones, sino de personas cambiadas que permanecen firmes hasta hoy en sus relaciones fuertes y comprometidas, activos en iglesias neotestamentarias, alcanzando a un mundo necesitado con el evangelio del Señor Jesucristo. Δ

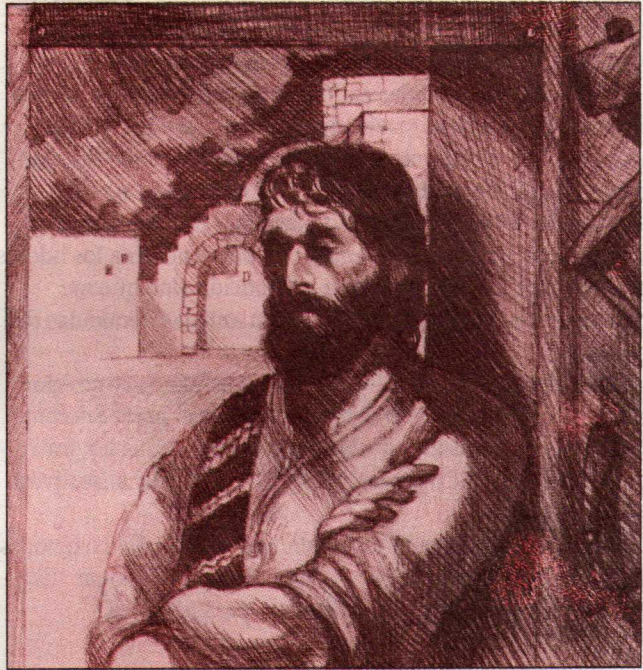


Larry Tomczak es conocido internacionalmente como el editor de la revista *People of Destiny*. Dirige un equipo apostólico dedicado a establecer iglesias y es miembro de la Junta Directiva de Interesores por Estados Unidos. El y su familia viven en Washington, D.C.

En deuda con José

Por Hugo M. Zelaya

El sacrificio de un hombre en favor de nuestra salvación



José estaba confundido. Las posibilidades de que todas sus aspiraciones de hombre se cumplieran pendían de un tenue hilo de duda. María, con la que estaba desposado, estaba encinta.

Los padres de María habían sido personas humildes, piadosas y honorables, conocidos y respetados por todo el pueblo, y habían criado a María en el temor de Dios, pero José ya no sabía qué pensar. Había estado comprometido con ella por un tiempo, esperando con paciencia el día de la unión, y ahora esto. Su concepto de María, hasta entonces el epítome de la mujer ideal, estaba en duda.

Con todo su corazón quería creer la historia de la visita del ángel que sólo ella había visto y oído, y no le era fácil. Como si un ángel menor no hubiera bastado, María insistía que el mensajero de Dios había sido Gabriel, uno de los dos arcángeles más poderosos de la hueste celestial. ¿El mensaje? Que entre todas las mujeres del mundo, Dios la había favorecido a ella para que fuera la madre del Hijo del Altísimo y ella había aceptado.

José creía que un día vendría el Mesías prometido por los profetas y que éste nacería de una virgen. Todo buen judío lo sabía y lo

esperaba. La escritura era bien clara:

He aquí que la virgen concibirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel (Isaías 7:14).

Pero qué difícil le era creer que Dios hubiese esperado todos estos siglos y, de entre cientos de miles de vírgenes, hubiera escogido a su María. El compromiso de los esponsales era tan válido como si ya hubiesen consumado la unión. ¡Qué escándalo sería si la gente se diera cuenta que María estaba con bebé! ¡Qué humillación! La reputación y la vida de María estaban en peligro. Corría el riesgo de que fuera apedreada por adulterio. La ley lo demandaba. Definitivamente, la gente no lo entendería y rechazaría totalmente su historia. Tal vez sería mejor dejarla secretamente sin acusarla. La ofensa era contra él y tenía el derecho de pasarla por alto para salvar su vida. Pero, ¿y si fuese cierto todo lo que había oído? ¿Permitiría Dios que continuara con sus planes de matrimonio? —No, seguramente que no —pensó él.

En otras circunstancias, le hubiera sido más fácil rechazar todo el asunto de inmediato, pero Elisabet, la prima estéril de María tenía ya seis meses de embarazo, y tanto ella como su esposo,

Zacarías, eran de edad muy avanzada para tener familia. Era otra historia de apariciones de ángeles.

Un ángel y Zacarías

La voz de los profetas se había extinguido con la muerte de Malaquías, y el sacerdocio había degenerado y se había vuelto laxo en el mejor de los casos. El pueblo que había sido protagonista en la demostración del poder de Dios en la tierra, estaba dominado por un poder extranjero, y se había sentado a esperar la venida del Mesías prometido para que los librara del yugo romano.

Zacarías era sacerdote y tocaba su turno de oficiar en el templo. Su ministerio era ofrecer el incienso en la casa del Señor. Había ejercido su ministerio año tras año, y nunca había pasado nada. Quizás batallara contra el costumbrismo y la rutina. El mismo mobiliario; los mismos movimientos con el incensario; las mismas oraciones ofrecidas. Nada había cambiado desde que había aprendido las ceremonias y su significado. El simbolismo había sido preservado, aun cuando más de 400 años habían pasado desde la última vez que Dios hablara o hiciera algo extraordinario en Israel.

Pero Zacarías rehusaba perder la esperanza. Había un remanente afuera que oraba con tanto fervor como el suyo. El incienso representaba sus oraciones. Esa mañana, Dios rompería su silencio. "Y se le apareció un ángel del Señor puesto en pie a la derecha del altar del incienso" (Lucas 1:11). Zacarías se asustó y le entró miedo.

El ángel era Gabriel que traía la respuesta a sus oraciones personales y las del pueblo. Elisabet su esposa tendría un hijo que sería el precursor del Señor. Esto resultó ser demasiado para Zacarías, hombre "justo delante de Dios y [que] andaba irreprochable en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor" (Lucas 1:6), y titubeó momentáneamente en su fe, y pidió una señal de confirmación.

—Con mucho gusto —le contestó el ángel—, te quedarás mudo. Me llamo Gabriel, el poder del Dios fuerte.

El sueño de José

José había comprobado que a Zacarías no le salía ni un gemido por la boca. Sólo escribiendo en una tablilla se podía comunicar. Nadie podía negar que había visto algo. La gente que había estado afuera cuando él ministraba en el templo, testificó después que se había tardado mucho en salir. Era un milagro comprobado en Elisabet. ¡Qué extraño era ver a aquellos ancianos esperando su bebé! Con estos pensamientos en su mente, José se acostó y finalmente se durmió.

"Y un ángel del Señor le apareció en sueños y le dijo: ...no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es... Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito." (Mateo 1:20,24,25).

Dios no había permitido que su Hijo naciera en un hogar sin padre. Su Hijo revestido de humanidad necesitaría el amor, la disciplina y el entrenamiento de José. Nuevamente, el Padre celestial pone su sanción en el hogar. Un hombre y una mujer unidos en un pacto matrimonial. Un hombre velaría por las necesidades humanas de la familia. Dios no rompería esa relación; la realizaría más bien.

José había sido escogido por Dios con tanto esmero como María. Nada había sido dejado al azar. La venida del ángel a él había sido más que una ocurrencia incidental; formaba parte del plan perfecto de Dios. José lo comprendía así ahora, y aceptó la responsabilidad ofrecida por Dios de dedicar el resto de su vida a cuidar de María y el niño. Sacrificaría lo que fuese con tal de cumplir con su responsabilidad de padre. Lo educaría, le enseñaría su oficio y en los caminos de Dios.

María correspondía al amor de José; con mayor intensidad ahora que le había demostrado la clase de hombre que era: justo, movido a misericordia y sensible a la voz de Dios. Ahora que José la había tomado como esposa, podía contarle a alguien más lo que había sucedido. Elisabet, su prima

comprendería. ¡Qué terrible habían sido esos días de silencio! La aparición del mensajero celestial había sido tan gloriosa. El Espíritu Santo había venido sobre ella, y el poder del Altísimo la había cubierto con su sombra (lea Lucas 1:35), el mismo instante que ella dijo: "He aquí la sierva del Señor; hágase conmigo conforme a tu palabra" (Lucas 1:38). Tenía que compartirlo con alguien más.

El encuentro de las primas fue glorioso también. Sólo se necesitó un saludo para saber que algo extraordinario había sucedido. Las dos fueron llenas del Espíritu Santo y profetizaron. María se quedó con Elisabet tres meses. La presencia de Dios había invadido el hogar de Zacarías y Elisabet. Después que les nació su hijo Juan, María se volvió a su casa.

El viaje a Belén

Casi seis meses habían pasado desde el nacimiento de Juan. María estaba grande con el bebé. Su fecha llegaría pronto. José hubiera preferido quedarse en Galilea y esperar el nacimiento del niño, pero el emperador de Roma había decretado un censo y obligaba que todo hombre y su familia se registrara en el lugar donde había nacido. José cumpliría con todo requisito civil. Era peligroso desobedecer la ley del emperador. No haría nada que arriesgara la vida de María y el niño; tendrían que sufrir las incomodidades del viaje llevándolos a Belén. Allí buscaría alojamiento y esperaría hasta que viniera el niño. ¿Sabría José que así lo había planeado el Padre de Jesús? Todas las profecías tenían que cumplirse. Una sola que se olvidara invalidaría el nacimiento. El niño nacería en Belén.

José hizo los preparativos del viaje. Consiguió un animal dócil para que María viajara lo más cómoda posible y se dispusieron a descender a Judea en el Sur de Palestina. El viaje de 160 kilómetros por tierra sería largo. Tendrían que tomarse todo el tiempo necesario para las paradas de camino. Cuando llegaron a Belén, el lugar estaba atestado de gente. José no imaginaba que tanta gente vendría a Belén, como él, para empadronarse.

Tenía que buscar alojamiento. María comenzaba a sentirse incómoda. ¡Qué problema! Las pocas posadas del pueblo estaban llenas. Había ofrecido todo el dinero que traía, pero realmente no había

lugar. Un hostelero ofreció su establo, que aunque lleno también con las cabalgaduras de sus huéspedes, por lo menos ofrecía la privacidad que necesitaban para que María diera a luz. El tendría que ayudar a María en el parto.

Fuera del pueblo todo parecía normal, excepto por una gran estrella que parecía iluminar la aldea de Belén y un punto en particular. Los pastores cuidaban sus rebaños como lo habían hecho por años. De repente, un gran resplandor los rodeó y la figura de un ángel les apareció anunciando el nacimiento del Señor y la dirección donde estaba. Una multitud de ángeles se unió a ellos alabando a Dios:

¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!

José los recibió y tan pronto se hubieron ido, entraron tres personajes de ropas extrañas que se postraron delante del niño y le ofrecieron regalos de oro, incienso y mirra. José no quería regalos de extraños, pero la manera de hablar de estos hombres indicaba que esto venía de Dios. El tendría un propósito en esto. José había aprendido a confiar en la dirección de Dios por medio de las circunstancias también.

A los ocho días, lo llevaron al templo para circuncidarlo y presentarlo a Dios. Jerusalén no quedaba muy lejos de Belén. En un día irían y vendrían. Dos ancianos desconocidos por ellos los sorprendieron en el Templo. Tan pronto vieron al niño Jesús, comenzaron a alabar a Dios y a profetizar. "José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él" (Lucas 2:33).

De regreso, esa noche, José volvió a soñar. El ángel del Señor se le apareció de nuevo y le dijo que tomara al niño y a su madre y se fuera a Egipto, porque Herodes lo estaba buscando para matarlo. El sueño había sido tan real que lo despertó, y salieron inmediatamente (Mateo 2:13,14). Se quedarían en Egipto hasta la muerte de Herodes. Los regalos de los magos sufragarían los gastos.

¿Comienza a notar usted como Dios honra a José? Dios no lo pasa por alto. Lo toma en cuenta en todos sus propósitos. Se ha pensado, inconscientemente quizás, que María es la que recibía toda la revelación de Dios. Pero José es la cabeza establecida por Dios.

El es el responsable de las decisiones que afectan a la familia. María está más que feliz de que José ocupe su lugar de esposo y padre, velando y protegiendo a su familia. Ella acepta descansada lo que Dios muestra a su esposo para su familia.

Cuando Herodes muere, nuevamente "un ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto" y le dice que regrese a Israel y quiso volver a Judea, "pero avisado en revelación en sueños, se fue a la región de Galilea" y se estableció en Nazaret (lea Mateo 2:19-23).

La última referencia del cuidado de José hacia su familia en los evangelios es en Jerusalén cuando Jesús tenía doce años. Era su costumbre llevarlos al templo todos los años para la fiesta de la pascua. El mismo se ocupaba de la educación espiritual de Jesús. En el viaje de regreso, "se quedó el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo supieran José y su madre" (Lucas 2:43). Algunos dicen que a estas fiestas se iba en caravanas divididas en dos grupos, uno de hombres y otro de mujeres, y que posiblemente al no ver José a Jesús, supondría que estaba con su madre; igualmente María.

Lo cierto es que al final de un día entero no lo encontraron y regresaron a Jerusalén. Cuando lo encuentran, está en el templo enfrascado en conversaciones profundas con los doctores de la ley. Es María la que habla, pero la angustia al no encontrarlo, había sido de ambos (lea Lucas 2:48).

Jesús se volvió a Nazaret con sus padres "y estaba sujeto a ellos" (Lucas 2:51).

La narración bíblica guarda silencio desde aquí hasta que Jesús viene a Juan, su primo segundo, para ser bautizado por él. Tiene treinta años cumplidos. Han pasado dieciocho años desde el incidente en el templo. No sabemos que José estuviera vivo todavía; posiblemente no. Dios no lo pasaría por alto. Nunca lo hizo. Es muy seguro que habría muerto para la crucifixión de Jesús. De otra forma ¿por qué habría encomendado Jesús su madre a Juan? (Juan 19:26-27)¹

José, el carpintero de Nazaret, fue la cabeza de una familia de por lo menos siete hijos (lea Mateo 13:55,56). Fue un hombre bueno, esposo y padre ejemplar, escogido meticulosamente por Dios para ser el padre adoptivo de su Hijo Unigénito.²

José, hombre sincero y entregado al propósito de Dios. No tuviste vida propia. Toda ella giró alrededor de la voluntad del Padre celestial. Su cumplimiento ocupó toda tu atención y energías. Te

diste tan completamente al propósito de Dios, que quedaste oculto en las sombras de la historia. Otros te eclipsaron ocupando el foco de atención. ¡Qué

gran hombre eres, José!
¡Cuánto te debemos! ¡Qué ejemplo de sacrificio de esposo y de padre eres para nosotros! ¡Bendito tú entre todos los hombres! Δ



Notas

¹ Halley's Bible Handbook, p. 416

² Idem.

CONQUISTA®

CRISTIANA ¡CAPACITANDO PARA LA ACCIÓN!

Vol. 2 - No. 3—noviembre/diciembre 1990

Director: Hugo M. Zelaya

Editor: Noé Martínez

Administrador: Guyon H. Massey

CONQUISTA CRISTIANA es publicada bimestralmente por el

Centro para Desarrollo Cristiano

Teléfono 40-50-80

Apartado 5551

1000 San José

© Copyright 1990

Derechos Reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial sin el permiso de los editores.

Los puntos de vista expresados en CONQUISTA CRISTIANA representan la opinión de sus escritores y no necesariamente del director o editor.

El Material que se envíe para su publicación debe ser escrito a máquina, a doble espacio y por una sola cara de la hoja.

Si desea devolución del manuscrito, incluya un sobre con su dirección y el importe postal correspondiente.

A menos que se indique de otra manera, las citas corresponden a la Biblia Reina Valera Revisada.



Impresa en Costa Rica por
Litografía Costa Rica, S.A.

**Obsequie
una suscripción...
el regalo
útil
todo el año!**



envíe \$10

(Contribución en dólares para un año)

CONQUISTA®

CRISTIANA ¡CAPACITANDO
PARA LA ACCION!

CENTRO PARA DESARROLLO CRISTIANO

Teléfono 40-50-80

Apartado 5551

1000 San José, Costa Rica



**Porte pagado
Permiso No. 7**